Del monte y los caminos

Carlos Luis Álvarez

Un libro anterior de Antonio Pereira. «El regreso»·, publicado en 1964 por «Adonais», indicaba ya el fino sentido poético del autor. «Del monte y los caminos» lo confirma. Dentro del sereno lirismo de esta poesía, encontramos alusiones muy concretas a toda esa serie de cosas que antes estaban prohibidas, si vale decirlo así: cosas mínimas, prosaicas, pero que son, al fin, las cosas de los hombres, los mojones de su vida más verdadera. La primera parte, «Del monte y los recuerdos», está dedicada «a mi padre, que trabaja el hierro». Dice el poeta:

«Hoy no voy a cantar

por una catedral.

Ni siquiera por pájaro,

mujer o nube altiva.

Hermosa a su manera

y de cantar posible,

si la mira el amor

es la ferretería.

Digo una tienda al norte

que da a la carretera...»

Por modo puntual, como quien narra, el poeta nos habla de los carros, de las vitrinas, de las herramientas, de las hoces. Todo esto adquiere perspectiva lírica y perfil testifical, pues alude a tiempos y espacios estrictos, ¿Quién podría decir que en esta poesía, en esos versos que hemos copiado, no va incluido el «compromiso»? Pero, además, hay en estos versos, por encima de las realidades concretas que los inspiraron, una evidente potencia sugeridora muy personal. A veces, muy de paso, casi de modo imperceptible, advierto aquí y allá nobilísimas y siempre indirectas influencias (Neruda, Vallejo) casi reducidas a fórmulas sintácticas o poco más.

Para mí es un detalle agradable la insistencia (que se advierte cordial, entrañable) sobre el motivo del cerro:

«No se inventó la rueda. Ya la tierra

nació sobre su pecho soportando

la lentitud sagrada de los bueyes

y el destino remoto de los carros.

¿De qué nieblas, de cuáles lejanías...?»

O bien:

«Parece que decimos compañía

si decimos caminos vecinales:

lentos carros llevando hacia la noche...»

Podríamos decir que un sentimiento de itinerante lentitud, de remembranza, de melancolía, sobrecoge los cantares de Antonio Pereira. Cantares pulcros, muy de hombre solitario, en los que la reflexión pespuntea cadencias y ritmos verbales.